

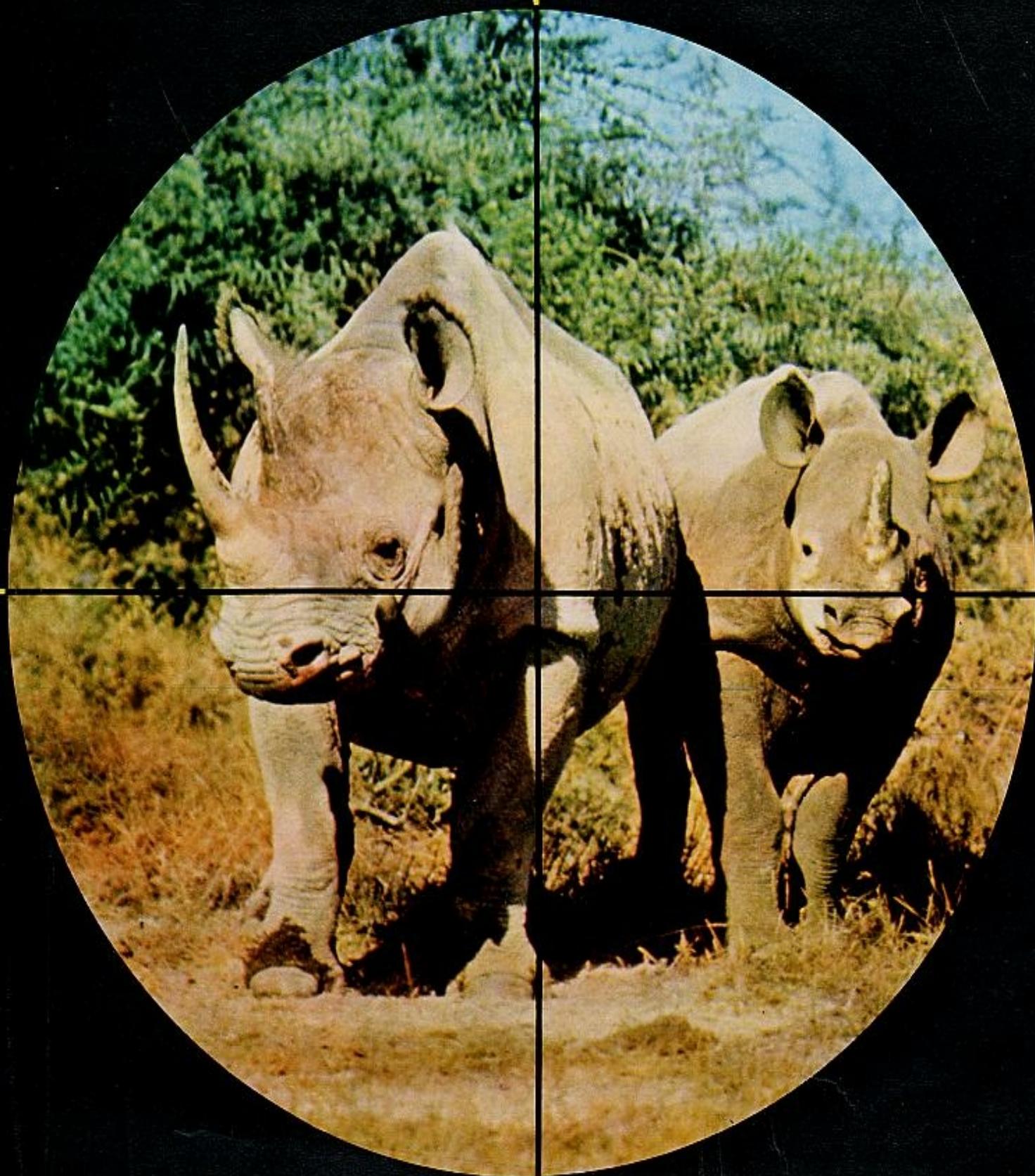
LA EPOCA DEL EXTERMINIO



NOÉ

CONTRA SUS CRIATURAS

Durante los últimos cuatrocientos años, el hombre ha seguido sacrificando a los animales, bien para defenderse, bien para lucrarse. La historia de las relaciones entre el hombre y los animales no ha sido ciertamente una historia de convivencia. Noé se ha revuelto contra sus criaturas. Sólo en las últimas décadas hemos empezado a tomar conciencia de los peligros inherentes a nuestro afán destructor. La era del exterminio ha sido larga. En este primer artículo, Colin Willock valora la magnitud del sacrificio de animales por parte del hombre, en las fronteras de nuestro globo.



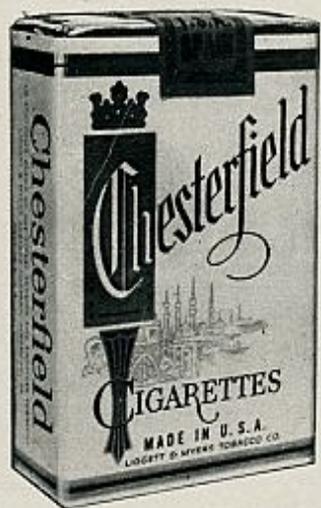
A

L principio, como ocurre con casi todos los principios, fueron unas relaciones de una conmovedora sencillez. Los hombres de Neanderthal obligaron a los rebaños de bisontes a subir por las rocas. Los bisontes se revolvían con furia y corneaban a los cazadores. Muy temprano también un hombre golpeó por primera vez a un tigre

en la cabeza y el tigre despedazó al hombre. Las fuerzas en oposición eran tan sólo dos montones de proteína viva en busca de alimento: Era la lucha por la supervivencia.

Todo esto ocurría hace, por lo menos, doscientos cincuenta mil años. Pero desde hace cuatrocientos años, la batalla se ha decidido en contra de una de las partes que no es, por supues-

SIGUE



“vd. me conoce,
mi nombre
es chesterfield

*(“Chester,” para
los amigos)”*



Encienda un Chesterfield. Disfrute del pleno sabor de tabacos seleccionados, curados y mezclados con el mayor esmero para ofrecerle un sabor mejor. En

España, Chesterfield se fuma más que cualquier otro cigarrillo americano porque... ¡satisface! Chesterfield sólo se fabrica en los Estados Unidos.

to, el *homo sapiens*, aniquilador descendiente de aquellos cazadores prehistóricos.

Después de un millón de años, ha surgido el hombre tecnológico sin rival como especie dominante sobre la tierra. Pero —y este pero es fascinante— ha surgido, al parecer, un nuevo e importante factor en la lucha, una característica que no había mostrado hasta ahora ninguna especie dominante. Se trata de una progresiva toma de conciencia. Se ha pensado que continuar del mismo modo sería una vergüenza. Todo esto puede no ser más que un reflejo del pánico que el hombre siente al darse cuenta de cómo él mismo «corrompe» más y más su propio nido.

Puede tratarse de un típico ataque de conciencia o quizá de una súbita apreciación del atractivo estético que ejerce la vida salvaje. Puede tratarse de algo sentimental, poco realista, surgido accidentalmente en este momento de la historia del mundo. Lo único que cabe preguntarse es si sus esfuerzos por salvar del naufragio a algunos de los supervivientes no serán suficientes o se habrán hecho esperar demasiado tiempo.

A los británicos —pueblo obsesionado sentimentalmente por los animales— les debe resultar fácil contemplar con cierto optimismo las perspectivas del reino animal para 1967. Los ingleses gastan anualmente millones de libras en alimentos para ayudar a los pájaros del parque a pasar el invierno. Además, cuidan en sus casas unos tres millones de perros. En Inglaterra se vienen concediendo unas 2.645.000 licencias caninas y existen muchos más perros y gatos sin licencia alguna. Los ingleses se precian de su amor hacia los animales, aunque es posible que no sea más que una nación de propietarios de animales domésticos.

la cabra y el fusil

Si usted está de acuerdo conmigo en que se puede calcular en medio millón de años el tiempo que han estado luchando el hombre y los animales poco menos que cuerpo a cuerpo, se dará cuenta de esta sorprendente verdad. El hombre ha desarrollado su indiscriminada e irreflexiva destrucción del mundo animal en los últimos cuatrocientos años. Hay quizá una sola excepción notable a esta terrible generalización y esa excepción es irónicamente un animal: la cabra.

Cabe decir que todo lo realizado por el hombre para acabar con el reino animal ha sido hecho principalmente con dos armas: una verdadera, el fusil, y otra figurada, la cabra. El fusil significa acción violenta, directamente agresiva y codiciosamente destructora. La cabra representa lo que los ecólogos actual-



Dos tigres en cautividad, en el parque zoológico de Hamburgo. El zoo es una lección divertida para los niños, pero los animales parecen expresar una cierta melancolía, una cierta añoranza de la naturaleza de donde han sido arrancados por el hombre.

mente denominan destrucción del *habitat*, y que puede ser de diversos tipos: despoblación forestal, inundaciones, envenenamiento, sequía, superpoblación, etc.

La cabra (animal más que símbolo— empezó mucho antes que el fusil. Durante unos cuantos milenios, la cabra ha ido creando desiertos y más desiertos. Ayudada por el clima, constituye el modelo de todos los subsiguientes destructores del *habitat*. La cabra come todo lo que encuentra, desde la hierba que pisa hasta las hojas que alcanza al levantarse sobre sus patas traseras. A veces llega a subirse a los árboles para poder llegar todavía más alto.

Este continuo ramonear va poco a poco destruyendo toda forma de vegetación hasta que ya no queda ningún rastro de raíces que mantenga compacto el suelo y que retenga la humedad. Esa tierra sin árboles ni sombra es convertida por el sol en un polvo finísimo y la lluvia va desgastando sus capas superiores hasta descubrir la roca y la tierra infértil. Cuando esta situación se prolonga durante bastante tiempo, aparece el desierto.

La destrucción total de la fauna salvaje del globo comenzó con los colonizadores que siguieron a los exploradores. En menor grado, algunos de los colonizadores habían ya experimentado en sus propios países cierta destrucción del *habitat*. Muchos procedían de Inglaterra. En ese

país, en el reinado de la Casa Tudor, habían comenzado ya a desaparecer bajo el hacha demoledora del hombre gran parte de los bosques que antaño cubrieron el Sur y el centro y parte de Norte. La Gran Bretaña necesitaba esa madera para construcciones de barcos y casas.

Esto supone poca cosa comparado con la devastación que existe actualmente en el Reino Unido. No obstante, tuvo su repercusión en la vida silvestre. El último castor desapareció en el siglo XII. El último jabali fue muerto en el siglo XVII. El lobo se había ya extinguido en Inglaterra y Gales en el siglo pasado y desapareció finalmente en Escocia en el XVIII. Quedaban ciervos en los cotos pertenecientes a la Corona y a la nobleza.

el marsupial, un recuerdo

Al perseguido plebeyo, futuro colonizador, nunca le habían permitido cazar con plena libertad. La caza era privilegio del rico y del noble. No es, pues, sorprendente que los colonizadores, enfrentados con una vegetación y una fauna vírgenes en aquellos países de allende los mares, se dedicaran a complacer sus caprichos sin pensar en el futuro. A la larga, lo que los colonos hicieron a los bosques y a los ríos con sus hachas y sus azadones fue lo

que causó más daño a la Naturaleza. Más tarde apareció la escopeta, de una potencia destructiva infinitamente mayor. El efecto más devastador se produjo en la tierra australiana, inmenso mundo desconocido cuyos habitantes no vieron perturbado su «sueño evolutivo» en ciento cincuenta millones de años. El capitán Cook regresó de allí hablando de un animal parecido a una enorme liebre que avanzaba a saltos apoyándose en las patas traseras. Ignoraba que el canguro pertenece a una gran familia de marsupiales, que lograron sobrevivir y que se desarrollaron libremente al no tener apenas competidores en el reino animal.

He dicho «apenas» porque, de hecho, los aborígenes habían atacado ya a los marsupiales. Al menos quinientos años antes de la llegada de Cook, introdujeron en aquellas tierras al dingo, «feroz perro salvaje».

Pero los colonizadores que siguieron a Cook hicieron algo que representó para la vida salvaje de aquellas tierras una amenaza mucho mayor que la del dingo. Importaron ovejas y cabras y, posteriormente, conejos y zorros (éstos por deporte).

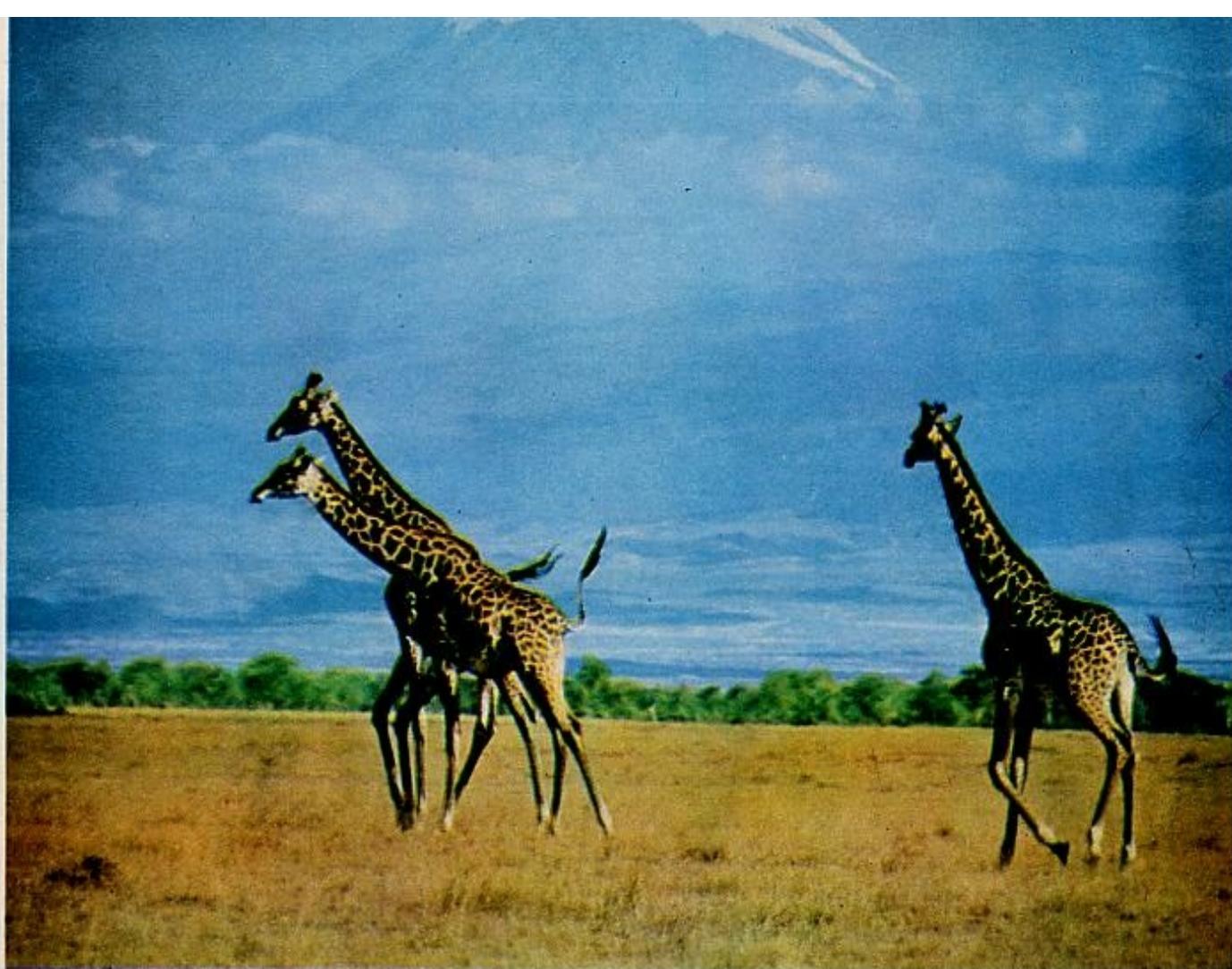
Nadie dice que no debieran haberse introducido animales domésticos en Australia, y, en realidad, estos animales han contribuido en gran medida al desarrollo de ese continente. Lo que sucede es que el koala, el quokka, la zarigüeya y tantos otros marsupiales ex-

SIGUE

NOE
CONTRA
SUS
CRIATURAS



Un grupo de hipopótamos en su postura característica, es decir, asomando a la superficie los ojos y las ventanas de sus enormes narices.



La jirafa, de extraña elegancia, es un rival temible; pesa dos toneladas y sus cascos tienen el tamaño de un plato. Derribada, queda inerte. Abajo, una gran manada de «wildebeest» bebiendo en la charca de un oasis, donde se mezclan con otros animales de la llanura, como cebras y gacelas.





dm

cumpla con su beber!

Donde está la juventud, está Ginebra BURDON'S
Con BURDON'S, cualquier coctel se convierte en una
aventura deliciosa.
Con BURDON'S, las aguas tónicas, las bebidas colas y los
zumos se hacen más audaces y atrevidos.
Es que BURDON'S es la ginebra alegre.
La ginebra exactamente seca, con la fuerza justa.
¡Cumpla con su beber con BURDON'S!



BURDON'S
DRY GIN
su ginebra, señor!

traños se convirtieron rápidamente en ciudadanos de vigésima categoría. Todo era sacrificado en favor de los animales domésticos, y para este sacrificio se empleaba o bien la escopeta o, simplemente, bastaba con introducir forrajes de otros países que, si bien servían para alimentar el ganado importado, era altamente peligroso para los animales nativos.

indios y bisontes

En América, los colonizadores y sus sucesores, los emigrantes europeos, realizaron un trabajo de destrucción total mucho más espectacular. Ante los primeros colonos se extendían novecientos millones de acres de bosque virgen. Pronto empezaron a trabajar las hachas, y cuando en los primeros años del siglo pasado llegó a América el más grande entre los pintores de la vida salvaje, John James Audubon, no quedaban apenas bosques en el litoral del país.

Durante sus primeros viajes, Audubon visitó Labrador, donde durante algo más de un siglo habían llevado a cabo sus pillajes y correrías los tratantes de pieles. Es difícil imaginarse cómo en tan corto espacio de tiempo se empobreció su vida salvaje, pero esto es lo que escribió Audubon:

«Son raros los animales de pieles; no obstante, quedan algunos castores y nutrias, y muy pocas martas y zorras, pero su número disminuye día a día. La compañía de pieles es el medio exterminador de estos parajes de clima inhospitalario en donde sólo la avaricia y el ansia del oro pueden hacer detenerse a un hombre».

Los disparos de escopeta resonaban por doquier. Hoy en día, la población total de «whooping-cranes» (especie de grulla) se reduce probablemente a menos de treinta ejemplares. Es indudable que en poco tiempo se extinguirán totalmente.

En tiempos de Audubon aún quedaban muchas grullas, pero él ya conoció matanzas de grullas por motivos puramente lucrativos.

«En las Floridas —escribió Audubon— no vi más que algunos de estos pájaros vivos. Muchos habían sido cazados para vender su carne y sus hermosas plumas».

La gran matanza de búfalos no comenzó hasta veinte años después de la muerte de Audubon. Es el mayor ejemplo de genocidio de animales registrado en la Historia. Las manadas de bisontes de Norteamérica constituían probablemente las mayores concentraciones de proteína animal que jamás «anduvo con cascos». El bisonte o búfalo fue exterminado en parte por lucro y en parte por motivos políticos. Los políticos pensaron que la manera más rápida de conseguir su objetivo era permitir e incluso incitar a los ca-



Escena entrañable de dos pelicanos en el zoo de Vincennes: el macho se mantiene erguido y alerta, esperando a que la hembra termine de incubar los huevos sobre los que está recostada cuidadosamente, en un gesto de ensimismamiento maternal.

zadores a continuar sus matanzas. El objetivo de los políticos y de los generales era no sólo exterminar a los búfalos, sino también a los indios que dependían de aquéllos para conseguir la ropa y el alimento.

Francis Parkman cuenta en su «Oregon Trail» —1847— cómo se encontró con enormes superficies cubiertas de cadáveres de búfalos, que los cazadores habían abandonado después de haber aprovechado tan sólo la parte más deliciosa, es decir, la lengua. Más tarde se sacrificaron búfalos a millares con el fin de vender sus pieles y huesos que aprovechaban en las fábricas de cola. Cualquier pretexto bastaba para deshacerse de ellos y de los indios.

Ante el horrendo drama de la matanza de búfalos, se suele olvidar otra carnicería no menos devastadora. A comienzos del siglo pasado había en las praderas americanas más de cuarenta millones de antílopes. En 1870 sólo quedaban 19.000. El antílope «pronghorn» es uno de los más antiguos habitantes de América. Comparado con él, el bisonte, el ciervo, el indio, el caballo y el rostro pálido son unos novatos en aquel continente. Zoológicamente hablando, el «pronghorn» es un animal único en el mundo, ya que se trata del único antílope existente que muda el revestimiento de sus cuernos todos los años. Pero ni siquiera esto impidió a los pioneros del legendario Oeste el que acabaran con casi todos.

El hombre occidental no poseía ese instinto característico de los cazadores primitivos que tenían que vivir de la caza y sabían que si les faltaba ésta no podrían seguir viviendo. Si bien el colono con su es-

copeta parecía creer que aquello duraría hasta la eternidad, sus excesos no son nada comparados con los que se dieron con el comercio de pieles durante muchos años. Antes de la llegada de los colonos, había en América, probablemente, cien millones de castores. Durante los últimos años del siglo XVIII, la Hudson Bay Company exportaba anualmente unos 50.000 castores para su domesticación. Las guerras indias se originaron principalmente por la caza del castor. El trampero que deseaba un rifle tenía que comprárselo a la compañía a cambio de un montón de pieles de castor, cuya altura debía exceder la del rifle. A finales del XIX, apenas quedaban castores en los Estados Unidos y en algunas regiones del Canadá.

civilización contra evolución

En Sudáfrica se repitió el mismo fenómeno que en Norteamérica. Cuando los colonos holandeses del XIX penetraron tierra adentro con sus caravanas desde Ciudad del Cabo, se toparon con inmensas manadas de animales. Los colonos mataban no sólo para conseguir carne —cosa razonable en áreas de abundancia—, sino para dejar libre el terreno para la siembra y el ganado importado. En 1800 habían acabado ya con el antílope llamado «Bluebuck» (hoy sólo quedan cinco ejemplares disecados en los museos de París, Leyden, Estocolmo, Uppsala y Viena). Estaban a punto de hacer lo mismo con otro antílope, el «bontebok», cuando el Presidente Kruger pronun-

ció el —posiblemente— primer discurso de un político en que se condenaba la aniquilación de la naturaleza salvaje. Era el 1884. Nada sucedió en los años siguientes, y, por fin, Kruger hizo una propuesta en el sentido de que se construyera una reserva de caza en la región de Sabie. Hasta 1926, esta reserva no se convirtió en el Kruger National Park.

Por los años ochenta del siglo pasado no se pensaba en toda la superficie del globo, sino en destruir.

En el Norte, en el mar de Bering, los marineros rusos y los japoneses habían exterminado gran parte de las preciosas focas de las islas Pribilof. Habían machacado tantas cabezas de focas que casi habían destruido el núcleo reproductor. Además, muchas veces las mataban en el mar, donde era imposible distinguir un macho de una hembra. Las focas de estas islas habían alcanzado en su época de esplendor un número que se aproximaba a los dos millones y medio de individuos. Pero, cuando los americanos se hicieron cargo de las islas, en 1911, tan sólo quedaban unas 200.000.

Aquéllos fueron también los tiempos de los grandes cazadores de elefantes en el distrito virgen del Noroeste de Uganda. Los rebaños de elefantes no se han podido recobrar nunca de aquellos ataques, al menos por lo que se refiere al suministro de marfil. Deberá pasar mucho tiempo para que al elefante le salgan colmillos de la dimensión que buscaban aquellos hombres. Incluso hoy en día, entre las escasas concentraciones de elefantes que quedan en el Este de África, algunas de las cuales totalizan 12.000 individuos, es difícil ver colmillos grandes. **SIGUE**

En la lucha animal-hombre han sido vencidas o han sido diezmadas especies fuertes incluso como el león. La cebra, delicada y pacífica, acostumbra a apoyar su cabeza en el cuello de la compañera. Arriba, a la derecha, la ilustración de G. Catlin nos muestra al búfalo, fuente de riqueza del Indio, y abajo, una bandada de flamencos, ave zancuda al igual que la grulla.



Hasta los naturalistas se dedicaban a matar —¡qué vergüenza!— todo lo que se movía. Mataron con afán de coleccionistas, pero también porque les gustaba apretar el gatillo. Samuel Baker, descubridor del lago Alberto, escribió que las inmediaciones de su campamento estaban casi totalmente cubiertas de plumas de pájaros exóticos. Sin duda, estos hombres opinaron también que las posibilidades de la vida salvaje eran infinitas.

El hombre estaba logrando en el breve plazo de unos años lo que el proceso evolutivo había conseguido sólo tras millones de años. Estaba extinguiéndose poco a poco la especie animal. Algunos naturalistas modernos estiman que, por lo menos, han desaparecido un millón de especies diferentes.

El hombre había extinguido al dodo ya en la última mitad del XVII. Los navegantes que visitaron Mauricio encontraron que era muy fácil de cazar y que, además, su bocado era bueno. Los navegantes hicieron lo mismo con la gran alca, gran pájaro marino que antaño habitó en Irlanda, las Faroes, el continente



americano, Nueva Escocia y las islas de Terranova.

Norteamérica es el país que ha batido el record en la extinción de animales. Antes de 1914, los americanos habían exterminado por completo las siguientes aves: el pato labrador, la gran alca, la paloma mensajera, el urogallo, el periquito de Carolina. Entre los mamíferos desaparecidos en Norteamérica pueden contarse: el alce de Arizona, el alce oriental, los osos pardos de California, Texas y de las llanuras; el bisonte de los bosques del Este, el visón marino gigante, el lobo gris de las llanuras, el puma oriental, la cabra de cuernos grandes de Badland. Hay, asimismo, una lista considerable de peces que ya no volveremos a ver.

la última paloma mensajera

Pero nada es comparable al exterminio de la paloma mensajera. Una sola bandada estaba compuesta, quizá, por más de dos millones de

(Pasa la a pág. 89)



NOÉ CONTRA SUS CRIATURAS

(Viene de la pág. 51)

aves. Cuando las palomas volaban hacia el Sur, en el otoño, el cielo parecía cubrirse por una inmensa nube ininterrumpida que duraba tres días. Los cazadores aprovechaban para matarlas con escopeta o bien apresarlas con redes. A veces golpeaban con varas los árboles en que se escondían para pasar la noche; a veces, las mismas palomas facilitaban la operación, ya que su mismo peso hacía que se quebrasen las ramas y entonces caían revoloteando sobre sus perseguidores. Durante años, el número de aves no parecía disminuir a pesar de todas estas matanzas; pero hacia finales del XIX, las fuerzas combinadas de la escopeta y de la «cabra» acabaron por triunfar. Es difícil que los cazadores solos hubiesen podido acabar con ellas. Pero sus disparos, unidos a la destrucción de los bosques, que los pájaros necesitaban para su supervivencia, hicieron lo imposible. La última paloma mensajera murió en el zoo de Cincinnati, en 1914.

Sería consolador pensar que los grandes ataques a la fauna silvestre terminaron aquí. Por desgracia, no es así. El exterminio de la paloma mensajera fue uno de los últimos ejemplos de un irresponsable exterminio masivo. Hoy en día, todos los ataques a la vida salvaje están generalmente calculados y se llevan a cabo en nombre del progreso y de la prosperidad.

Algunas de estas acciones son necesarias. El que se ahogase tanta caza mayor en las aguas desbordadas de Kariba fue, quizá, inevitable. Pero lo que les ocurrió luego a muchos de los animales rescatados en Kariba constituye un ejemplo claro de pérdida innecesaria e inútil. Cuando se les dio la libertad, muchos entraron en una región de Rhodesia dominada por la mosca tse-tse. En zonas como ésta se aniquila la caza porque existe la falsa creencia de que destruyendo al animal se impide la extensión de las enfermedades del ganado transmitidas por las moscas. Desgraciadamente, esta teoría no tiene en cuenta el hecho de que ningún sistema de control es capaz de terminar con los animales más pequeños, como las ardillas, y que éstas son también capaces de transmitir los tripanosomas. Así que la caza mayor es sacrificada en vano.

También hay que culpar a la agricultura de una de las más recientes y más serias amenazas a la fauna salvaje y quizá al hombre mismo.



Me refiero al uso indiscriminado de insecticidas, etcétera, y, en particular, aquellos productos que contienen hidrocarburos clorurados. Cada vez está más claro que éstos se acumulan en tejidos grasos de los animales, especialmente de las rapaces, halcones y águilas, produciendo como consecuencia esterilidad o muerte. Los EE. UU. están a punto de perder su emblema nacional, el águila «calva» (bald eagle). Si llegara a desaparecer, la culpa sería del DDT y sus aliados. Pero el premio al exterminio calculado de la fauna pueden llevárselo las naciones balleneras del Antártico y Japón, en particular. Los científicos de la Comisión Ballenera Internacional han aconsejado ya repetidas veces a los rusos, noruegos y japoneses, que reduzcan de forma drástica sus pesquerías de ballenas durante los próximos cuatro años si quieren que sobrevivan estos mamíferos.

Después de los excesos cometidos durante años, los rusos y los noruegos están dispuestos a seguir este consejo, porque han logrado recuperar con creces el dinero invertido en la construcción de flotas balleneras. Los japoneses, sin embargo, llevan pocos años pescando ballenas y los propietarios de su flota aún no han recuperado el dinero. Sin embargo, es inadmisibles que por afán de lucro vaya a desaparecer la mayor criatura que conoce el hombre (30 metros de longitud y 100 toneladas de peso).

Los organismos que vigilan la conservación de la fauna marina deben ser oídos. Posiblemente necesiten para ello el apoyo de las Naciones Unidas. El exterminio de la ballena azul parece cosa segura. Si de verdad ocurre esto, habrá sido la mayor operación llevada a cabo por las fuerzas combinadas de la «cabra y la escopeta».

COLIN WILLOCK

(Fotos: M. MYERS. AGENCIA ZARDOYA)

Próximo capítulo:

**CUANDO HUBO
QUE TERMINAR
CON EL EXTERMINIO**

con
los años
PRECISOS...

coñac

FELIPE II

Agustin Blazquez x Jerez

¿conoce Vd. su precio?